

Miguel Ángel Molinero Polo

Profesor titular de la Universidad de La Laguna

“Pocos asuntos, si alguno existe, más dignos de ocupar la atención de tan ilustrado auditorio pueden encontrarse que el de las antigüedades egipcias”. Así presentaba Antonio Balbín de Unquera su discurso de inauguración del año, en enero de 1868, ante la Academia Real de Arqueología y Geografía. El texto, seguramente ampliado y enriquecido con un cuerpo importante de notas, es, hasta donde yo conozco, la primera obra española que utiliza el título de *Arqueología Egipcia* y la primera que se dedica monográficamente a ese tema.

La España en la que este discurso salía de imprenta estaba viviendo uno de los periodos políticos más activos del s. XIX. El Sexenio Revolucionario, de 1868 a 1874, marcó un cambio radical en la vida española. La actividad cultural del país no podía dejar de verse afectada. En este contexto surgen los primeros casos de estudio directo de las antigüedades egipcias por parte de autores españoles, en su mayoría propiciados por la iniciativa estatal, pero también por los propios individuos que los realizan. Estas actuaciones, que se llevaban a cabo aisladamente, sin continuidad ni planteamiento global, significaron la primera fase de relación directa de España con el Egipto antiguo, aunque fue de corta duración.

La civilización faraónica no era una completa desconocida para los historiadores españoles. En realidad, era una referencia obligada en los libros de Historia Universal de la Edad Moderna. La versión que da el Antiguo Testamento de su relación con el Pueblo Elegido situaba las creencias egipcias en el punto de arranque más lejano del judaísmo y éste, como precedente directo del cristianismo, era uno de los temas básicos de

* La redacción del texto definitivo de esta conferencia se integra en el conjunto de actuaciones del Proyecto de Investigación BHA 2003/01686 de la DGICYT, financiado por FEDER y el Ministerio de Ciencia y Tecnología.

cualquier Historia de la Humanidad. Además, los historiadores y teóricos del arte españoles ya habían comenzado a interesarse por las realizaciones del país del Nilo desde Isidoro Bosarte, en 1791 (Calatrava, 1992). Pero no se analizaban obras concretas: las referencias se obtenían de manera indirecta, por la lectura de autores modernos. La variedad de manifestaciones artísticas que se conocía era muy limitada y éstas se enjuiciaban desde una perspectiva idealista que sólo les reconocía su valor como precedentes del arte clásico o como su contraposición.

Frente a los autores anteriores, el discurso de Balbín supone un cambio extremo. En primer lugar, porque no se tiene que basar sólo en fuentes escritas indirectas. Hacía más de cuarenta años que J.F. Champollion había descifrado los jeroglíficos y el erudito español ya se puede hacer eco de estas traducciones iniciales de textos egipcios; a ellas añade las noticias que le han llegado de las primeras excavaciones arqueológicas regulares en Egipto. Esta documentación le permite trazar un recorrido que hoy podemos reconocer y del que podemos sentirnos herederos.

La variedad de temas que trata es muy grande. No se limita a la cultura material, sino que hace un recorrido por la civilización egipcia en su conjunto. Tras resaltar la novedad que supone el estudio sobre el Oriente antiguo, analiza con cierto detenimiento la escritura, la lengua, la religión y, a partir de ésta, la arquitectura a través de las construcciones religiosas y las demás manifestaciones artísticas, como la escultura, la pintura. Concluye con la organización social que sustentaba estas creaciones, el calendario y el medio geográfico tan particular del país.

Filología y Geografía, las disciplinas que junto a la Sociología sustentan las ciencias humanas en el s. XIX, ocupan un lugar preferente abriendo y cerrando el discurso, respectivamente. Sin duda, el tema del que está mejor informado es la lengua y la escritura. En esto es un perfecto representante de las humanidades decimonónicas, que valoraban a los pueblos por sus creaciones culturales y, entre éstas, los textos eran considerados la fuente más importante para el historiador. En las páginas finales, resulta evocador leer que, sólo unos años antes, un explorador británico había anunciado el descubrimiento de las fuentes del Nilo.

A través de las notas y las alusiones podemos reconocer los autores que consulta y, así, hacernos una idea de qué información podrían tener

los eruditos españoles coetáneos sobre el Egipto antiguo¹. Tal vez lo más llamativo es que no cita directamente ningún texto egipcio, aunque conoce el contenido de algunos. Tampoco el Antiguo Testamento ocupa un lugar especial y otro tanto sucede con los autores clásicos. Con una confianza evidente en la ciencia de su época, muy característica de los pensadores decimonónicos, su obra se basa sobre todo en autores coetáneos. Entre ellos, los franceses tienen la primacía. Por el contrario, no conoce los trabajos de la Egiptología alemana, pues no se hace eco de sus propuestas.

Aunque bien informado, parece improbable, por la lectura del propio texto, que Balbín conociera la lengua egipcia. Sin embargo, poco después de su discurso, en 1871, Francisco García Ayuso abrió en Madrid la primera escuela en la que podían aprenderse buena parte de las lenguas orientales vivas y algunas antiguas, como sánscrito, avéstico y acadio (Escribano, 2001: 108). No incluye el egipcio, pero la circunstancia es importante porque significa la introducción en España de una escuela en la que obtener lo que se consideraba entonces el fundamento metodológico de los estudios orientales.

El coleccionismo de antigüedades egipcias hasta comienzos del s. XX

Si Balbín y los autores españoles que le precedieron no pueden mencionar entre las producciones artísticas más que las grandes creaciones arquitectónicas, escultóricas y pictóricas sobre las que leían en libros (ya fueran estudios de arte o relatos de viajeros) se debe a que en España apenas había obras egipcias que permitieran reconocer un panorama más amplio de la creatividad de esta civilización.

Las primeras colecciones de antigüedades egipcias de las que tenemos noticia se formaron en el s. XVIII.

¹ Esta generalización hay que tomarla, sin embargo, con muchas precauciones. Como ejemplo de que no todos los historiadores españoles del momento estaban igual de bien informados se puede mencionar la *Historia Universal* de N. M^a. Serrano, publicada en 1875, en la que se señala que las inscripciones monumentales de Persia y de Egipto estaban todavía sin descifrar (Escribano, 2001, 110).



Dibujo 4 del Cuaderno de Ajello,
correspondiente a una de las estatuas
perdidas a comienzos del s. XIX.



Estatua de Harsomtus-em-Hat. Documentada en Barcelona en el siglo XVII, hoy en el Museo Arqueológico Nacional. Ilustración para el Museo Español de Antigüedades, VII, 1876.

El palacio de La Granja exhibía catorce esculturas egipcias y egiptizantes, algunas de tamaño natural, desde mediados del s. XVIII. Su recorrido desde el Canopo de la Villa de Adriano en Tívoli, donde fueron halladas, hasta la residencia estival de los monarcas hispanos hizo numerosas escalas intermedias. Doce estaban en la residencia madrileña del Marqués del Carpio, embajador de Carlos II ante la corte pontificia, en 1705. El diplomático las había adquirido en la almoneda del cardenal Camillo Massimi. En la segunda mitad del s. XVIII, algunas fueron integradas en la decoración de los jardines de Aranjuez. Durante la Guerra de la Independencia, una inundación las arrastró a las aguas del Tajo y, desde entonces, se dan por perdidas. El resto de la colección ingresó en el Museo del Prado cuando éste se creó en 1829 (Elvira Barba, 1998: 24-25, 35-36).

El Gabinete de Antigüedades de la Real Biblioteca, fundado en 1711 por Felipe V, incluía también algunas estatuillas egipcias. Aunque desconocemos

su fecha de ingreso, es probable que fuera tardía, pues debieron de llegar con Carlos III cuando ocupó el trono hispano. Sabemos que éste trajo consigo algunos restos que habían sido hallados en Pompeya durante las excavaciones que él mismo había patrocinado siendo rey de Nápoles, de manera que las piezas podían proceder de alguno de los santuarios isíacos o de los altares particulares en las villas destruidas por el Vesubio (Marcos Pous, 1993: 217-219).

También desde mediados del siglo XVIII tenemos documentadas otras piezas egipcias en colecciones particulares: la de Franco Dávila, adquirida en París, y que trajo a Madrid posteriormente, y la del Conde de Villalcazar de Sirga en su casa de Málaga (Pérez Díe, 1993: 160).

La de Dávila fue el punto de partida de la primera institución pública que exhibía fondos arqueológicos en nuestro país, el Real Gabinete de Historia Natural, abierto en Madrid en 1776. En él, compartía protagonismo con algunos objetos obtenidos en las expediciones científicas a Ultramar o comprados en la Península, como la estatua de Harsomtusem-Hat identificada en Barcelona en el s. XVII (Padró i Parcerisa, 1973).

Apenas tenemos referencia documental de otras piezas egipcias hasta la segunda parte del s. XIX. En 1867 se crea el Museo Arqueológico Nacional y en él se integran, como fundamento de su colección, las antigüedades de la Biblioteca Nacional (que había heredado parte de la Real Biblioteca al fundarse, en 1836) y las del Museo Nacional de Ciencias Naturales (en el que habían ingresado las del Gabinete, en 1845). Además, antes incluso de su apertura en 1871, empieza a recibir donaciones o a realizar compras a particulares; algunos escasos objetos habían llegado en la primera parte del siglo².

La mayoría de las entradas de material egipcio al Museo Arqueológico Nacional, antes de la Campaña de Nubia, se produce en un lapso de tiempo muy breve, de unos veinticinco años, entre 1867 y 1891. Se sitúan, por tanto, en el intento de emulación de las potencias europeas que se produce durante el Sexenio Revolucionario y las décadas posteriores.

² La investigación en el Museo Arqueológico Nacional ha sido facilitada por D^a. Pilar Martín Nieto, Facultativa jefe de su Archivo, a quien agradezco muy sinceramente su amable disponibilidad para resolver todas las consultas que he necesitado hacer en él.



Estatuilla de Amón de la antigua colección Caylus, hoy en el Museo Arqueológico Nacional. Ilustración para el Museo Español de Antigüedades, II, 1873.



Ficha manuscrita de T. Asensi. Con ellas documentaba su colección y acompañaron a ésta cuando fue adquirida para el Museo Arqueológico Nacional.

El valor de estas colecciones es muy irregular. Sin duda, los lotes más importantes, en este orden, son los que se compran a Eduard Toda, a Juan Víctor Abargues –en especial el primero– y a Tomás Asensi, mientras que el resto suele estar compuesto por unos pocos ejemplares (Véase cuadro I).

La única información disponible para buscar el origen de estas obras se encuentra en su expediente de ingreso al Museo, donde se recogen los comentarios de sus antiguos propietarios sobre el modo en que las obtuvieron³. De casi todas se tiene la seguridad de que se habían adquirido en

³ Asensi llevaba un cuidadoso registro, en fichas individuales, de la identificación del objeto, su descripción, una adscripción cultural y cronológica y algún comentario sobre el modo en que había llegado hasta él. Sin embargo, como solía conseguirlos a través de intermediarios, sus datos resultan inciertos.

Abargues vendió sus dos colecciones con sendas relaciones de piezas en las que añadió comentarios y procedencia, pero la fantasía de los primeros arroja una sombra de duda sobre los segundos.

La colección de Toda es la que ingresó con un registro más fiable, referencias en casi todas las piezas de su lugar de procedencia y una cierta seguridad respecto a su adquisición, debido a las circunstancias en que se reunió, como se comentará más adelante.

Egipto en fechas relativamente recientes, con la única excepción de las dos piezas egipcias de la primera donación de Basilio S. Castellanos de Losada, que tenemos la seguridad de que estaban ya en España en la primera mitad del s. XIX⁴.

La mayor parte de los coleccionistas residían en Madrid. La propia exposición pública de los fondos del Museo debió de incentivar el interés por las antigüedades faraónicas, aunque éste se hará más evidente en la aparición de ciertos elementos neoegecios en el arte ecléctico de fin de siglo (Saguar Quer, 1997) que en el afán por poseer objetos de esa procedencia. Casi todos eran funcionarios del Estado implicados en cuestiones de política exterior, y los que viajaron al país del Nilo lo hicieron en su mayoría por motivos oficiales⁵.

⁴Estas dos piezas (una estatuilla en bronce de Osiris y otra de Isis, tal vez un amuleto) habían sido depositadas junto a más de un centenar diverso de objetos en una caja en la Biblioteca Nacional, en 1845, con la disposición de que no se abriera hasta la muerte del donante. Como éste seguía vivo en 1880, él mismo rescindió la cláusula. Para entonces, la caja y su contenido ya habían sido transferidos al Museo Arqueológico Nacional.

Vicente Seixas y Hezeta donó la colección que había comprado su tío en “su último viaje”, por tanto sólo una generación antes, en fecha indeterminada.

Tomás Asensi pudo empezar a adquirir piezas desde los años 1830 –y algunas heredarlas– pero no se documenta que ni él ni su padre, médico en Argel, hubieran viajado a Egipto, por lo que es probable que las obtuviera encargándolas, un medio que le permitía su adscripción al Ministerio de Estado desde 1850, y en especial el cargo en éste de Director de Comercio, que ocupó desde 1855. Esta forma de adquisición se deduce por los comentarios que incluye en las fichas con las que documentaba cada ingreso.

Francisco Lameyer menciona los problemas que tuvo para sacar las antigüedades de Egipto, todas adquiridas en El Cairo, debido a las restricciones desde la fundación del Museo de Bulaq, por lo que también estaba en su posesión desde poco antes de venderlas al Museo.

La formación de las demás colecciones se puede fechar con precisión: Manuel María de Galdo en 1869, Abargues en la década de 1870, Toda en su estancia en Egipto (1884-1886).

⁵José de Hezeta, brigadier, había adquirido su colección egipcia en “su último viaje desde la India oriental a Europa” (MAN, Exp. 1868/30); aunque desconozco las circunstancias, es altamente probable que se tratara de un desplazamiento oficial.

Galdo era alcalde de Madrid y recibió los objetos como regalo durante su presencia en los fastos de la inauguración del Canal de Suez.

Lameyer (*Pintura...*: 62) formaba parte del cuerpo administrativo de la Armada y es un conocido pintor orientalista. Visitó numerosos países de Oriente, algunos, con seguridad, por razones oficiales, pero no conozco el motivo concreto de su viaje a Egipto.

Asensi y Toda eran diplomáticos. El primero adquirió la mayoría de sus piezas cuando ocupaba cargos en el Ministerio de Estado (del que dependían las relaciones exteriores), en

La necesidad de catalogar los fondos por parte de los facultativos del Museo propició la aparición de los primeros estudios de piezas egipcias escritos por arqueólogos españoles: los de Juan de Dios de la Rada (1873, 1876), que fueron seguidos y mejorados por los de José Ramón Mélida (véase su producción egiptológica completa en Lara Peinado, 1991: 191).

Fuera de la capital, la única colección donada por un particular a un centro público en este periodo es un primer lote de más de un centenar de piezas que Toda regaló en 1886 a la Biblioteca-Museo de Vilanova y la Geltrú, en Barcelona (Padró, 1988).

La colección con un medio de llegada más tortuoso y, sorprendentemente, bien documentado, corresponde al pequeño conjunto de doce recipientes de cerámica y uno de piedra –este último perteneciente al ajuar del rey Ka, enterrado en Abidos– del Museo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife. Se ha podido identificar el itinerario completo que han seguido desde su lugar de origen hasta el centro que las alberga. Todos proceden de excavaciones regulares efectuadas por egiptólogos británicos de fines del s. XIX: W. M. F. Petrie, J. Garstang, salieron con permiso oficial de Egipto y fueron entregados como compensación a las personas que habían contribuido económicamente a las expediciones arqueológicas que los hallaron, el sistema habitual en Gran Bretaña para financiar las excavaciones en Egipto. Algunos patrocinadores, a su vez, regalaron sus lotes al Museo de Liverpool, institución que, en 1905, intercambió trece piezas con Tenerife a cambio de unos paños de azulejos de Talavera (Almenara Rosales; Martín del Río: 2000).

Expediciones científicas de iniciativa estatal

Para Francia e Inglaterra –y en menor medida Alemania–, los descubrimientos científicos en el Mediterráneo y Oriente y la exhibición de antigüedades en los museos de sus capitales se convirtieron en la

especial desde su nombramiento como Director de Comercio, que le facilitó la adquisición en el extranjero a través de agentes oficiales (Paz Yanes, 1995: 8). El segundo residió en Egipto como vicedónsul y cónsul en El Cairo (Codina Rodríguez, 1999: 11).

Dos de los donantes pertenecían al cuerpo de Anticuarios y desempeñaban sus actividades en el propio Museo: F. Bermúdez de Sotomayor y B.S. Castellanos de Losada.



Sarcófago de Taremetenbastet, hija de Ptahirdis, dinastía XXVI, adquirido en Saqqara, según informó F. Lameyer cuando lo vendió al Museo Arqueológico Nacional.



Fotografía de la sala de antigüedades orientales del Museo Arqueológico Nacional, en 1917, ambientada con motivos neoegepcios.

muestra más sublime ante la opinión pública internacional de su vigor nacional, pujanza comercial e influencia diplomática. Con el precedente del endeudamiento egipcio ante entidades financieras francesas y británicas por la construcción del Canal de Suez, a partir del bombardeo británico de Alejandría en 1882, Egipto se convertiría en el terreno privilegiado de competencia entre ambas potencias, eliminando cualquier otra injerencia europea. Pero todavía en las décadas precedentes el reparto no estaba dirimido y algunos países de rango medio podían intentar su inclusión en el reparto del prestigioso botín arqueológico y, con él, las migajas de un cierto prestigio internacional.

En este contexto, la iniciativa estatal española no se limitó a la adquisición de las colecciones antes mencionadas, sino que se propició también

una política exterior con una visión más amplia de intervención cultural en el Oriente Próximo, coincidiendo con los años posteriores a la Revolución de 1868.

En 1869, una delegación oficial española asistió a las celebraciones organizadas por el Gobierno egipcio con motivo de la apertura del Canal de Suez. Aunque el general Serrano, jefe del ejecutivo, tuvo que declinar la invitación por sus obligaciones al frente del Estado, se envió una Comisión de notables y una nave de la Armada, la Berenguela. En realidad, la fragata tenía el compromiso previo de desplazarse hasta Japón para ratificar unos acuerdos recientes con aquel país, por lo que se aprovechó para que los mismos responsables de la firma estuvieran presentes en la primera travesía por el Canal. Una parte de la delegación partió con un mes de antelación para participar en el viaje por el Alto Egipto organizado por el *jedive*, que precedió a las fiestas de inauguración. Entre ellos se encontraban M. M. de Galdo, alcalde de Madrid, C. Segundo, ingeniero que participó en el proyecto del Canal, personajes de la nobleza, periodistas. La ceremonia de apertura se realizó el 16 de noviembre y a la mañana siguiente se iniciaba el recorrido inaugural, que duró los tres días que se empleaba entonces en llegar de un mar al otro. Sin embargo, el excesivo calado de la Berenguela impidió que navegase por la nueva vía hasta que no se realizaron dragados urgentes que asegurasen el éxito del trayecto. Aun así, éste se prolongó más de lo debido, pues fue necesario aligerar de peso a la nave en determinadas zonas para evitar que encallase. No alcanzó Suez hasta un mes después de la apertura oficial (Sacristán, 1999: 252 y 255). El Director General de Instrucción Pública, Ruiz Aguilera, propuso que

“una comisión de anticuarios designada por el Gobierno [viajara acompañando a la misión diplomática] para ver y estudiar las antigüedades de Egipto. Esta comisión, si va autorizada con una misiva para el Virrey, podría adquirir numerosos e interesantes objetos que después enriquecerían las colecciones del Museo” (Alcalá de Henares, A.G.A., Exp. 6569-6).

Su transporte correría a cargo de los buques de la Armada. Sin embargo, esto no se pudo conseguir, y se perdió esta posibilidad de acceder a un

conocimiento directo de obras de la civilización del Nilo (Marcos Pous, 1993: 53).

Desde un punto de vista egiptológico, la importancia de este acontecimiento radica en la impresión que el Alto Egipto causó en algunos de los que lo visitaron. El impacto se manifestó en la publicación de narraciones bajo formas diversas y que alcanzaron cierta popularidad: crónicas periodísticas, artículos en revistas periódicas e incluso alguna memoria de viaje en forma de obra independiente.

Aún más importante es que este intento fallido debió de estar en el origen de la *Comisión Arqueológica a Oriente*, primera expedición oficial organizada hacia el Mediterráneo oriental por el gobierno español, en 1871. El nombre y la idea retoman, sin ninguna duda, el de la Comisión creada por la Convención francesa en 1798 para acompañar a la expedición de Bonaparte. La iniciativa y dirección corrió a cargo de J.D. de la Rada y Delgado, facultativo y jefe de la Sección de Prehistoria y Edad Antigua del Museo Arqueológico Nacional; los otros integrantes fueron J. Zammit y Romero, diplomático y helenista, y R. Velázquez Bosco, arquitecto, encargado de las planimetrías y los dibujos (Chinchilla Gómez, 1993: 287). La empresa aprovechaba el “viaje de prestigio” que la moderna fragata Arapiles se disponía a efectuar desde Nápoles a diversos puertos del Levante y con el que se pretendía conocer los países de Oriente Medio, “su cultura, industria, progreso moral y material”, y firmar con ellos tratados diplomáticos (Lisón, 1971: 110). La nave recaló en Mesina, Atenas, Estambul, Troya y varias ciudades de la antigua Jonia, Chipre, Beirut, Jaffa y Alejandría, desde las que se realizaban pequeños desplazamientos hacia el interior. Los tres miembros de la Comisión, ayudados por la tripulación, se encargaron de medir y trazar plantas y alzados de monumentos, sacar vaciados de esculturas y relieves, reconocer yacimientos, visitar Museos y colecciones y adquirir –y recibir en regalo– una importante cantidad de piezas.

Sin embargo, desde un punto de vista egiptológico, la Expedición de la Arapiles tuvo muy poca importancia. Alejandría, único puerto egipcio en el que atracaron –salvo una escala técnica en Port-Said–, era el último destino de la Comisión, por lo que para entonces ya no disponía de fondos con los que hacer ninguna compra ni mantener una estancia prolongada: dos días permanecieron en el país del Nilo y sólo adquirie-

ron una cabeza ptolemaica. En el prólogo de la memoria se menciona su visita a las pirámides, pues, según confiesa Rada, al iniciar la publicación tenían previsto volver a Egipto, en lo que habría sido una continuación del viaje, pero finalmente no fue posible (Rada, 1876-1882: III, 180, n. 1). El texto se limita así a describir los dos monumentos más significativos que visitaron: la columna de Pompeyo y los obeliscos desplazados hasta la playa, de los que se realizaron sendos grabados, y algunos edificios de los que no pudieron hacer más que una rápida observación.

En realidad, la escasa capacidad económica lastró toda su actividad. Rada se quejaba con amargura de esta circunstancia al entregar el Catálogo de las piezas adquiridas:

“La Comisión hubiera podido enriquecer este Museo todavía con mayor número de objetos de haberse podido facilitar los fondos que pidió desde Constantinopla, contándose entre otros varios que han quedado abandonados por falta de recursos, una magnífica estatua de mármol y tamaño natural encontrada en Baalbeck, y una riquísima armadura persa, completa, toda grabada y nielada en oro, en Constantinopla, así como varios objetos egipcios en El Cairo” (Marcos, 1993: 54).

La presencia de las Sociedades Geográficas

Las décadas de 1870 y 1880 vieron también la creación de una serie de Sociedades Geográficas, de Historia Natural, de Africanistas y Colonistas, Antropológicas, etc., a imitación de las que ya existían en los “países civilizados (...) que fomentan y difunden los conocimientos geográficos” (García Ayuso, en Escribano, 2001: 109). La pretensión, imbuida de nacionalismo decimonónico, era mantener un cierto nivel de prestigio internacional en el mismo campo en que ya lo desarrollaban otras naciones europeas.

Pero la labor de estas sociedades geográficas no era inocente. Los exploradores permitían el conocimiento de un territorio que era después integrado por medios militares y explotado a continuación en beneficio de las potencias coloniales. Los mismos arqueólogos no estaban ausentes de esta política, pues se implicaban, por la propia necesidad de su disciplina, en la administración colonial.



Columna del Serapeo de Alejandría. Grabado realizado a partir de un dibujo de R. Velázquez Bosco, miembro de la Comisión Arqueológica a Oriente de 1871.



Obelisco de Thutmosis III en Alejandría. Junto con el grabado anterior, ilustra la memoria publicada sobre la estancia en Egipto de la fragata Arapiles.

Dos ejemplos de que esta conjunción de intereses geográficos, antropológicos y económicos también está presente en las relaciones de aquella España con Oriente, son las expediciones de Abargues al Mar Rojo y las dos de Adolfo Rivadeneyra.

Rivadeneyra puede ser calificado como el más importante de los orientalistas españoles del s. XIX. Su primera estancia en Oriente se debió a su cargo consular; entre sus varios destinos hay que incluir Egipto en la década de 1860. La segunda estancia, la más significativa desde el punto de vista del Orientalismo, fue en Persia. En ambas ocasiones, la copia de inscripciones, identificación de yacimientos y descripción detallada de ruinas monumentales se acompañó de la adquisición de un pequeño número de piezas que pasó a los fondos del Museo Arqueológico Nacional. Era miembro de varias sociedades geográficas, a las que comunicaba sus descubrimientos, y tras su regreso redactó sendas memorias de sus desplazamientos. Pero no hay que olvidar el carácter diplomático y económico de estas permanencias en Oriente. La segunda, de 1874, es un caso paradigmático. Poco antes, el Gobierno español había ratificado el tratado de amistad con Persia y convenía analizar las posibilidades industriales y comerciales de este país. Así, al tiempo que estudiaba ruinas, Rivadeneyra observaba la realidad. Su conclusión en el ámbito económico fue menos positiva que sus hallazgos arqueológicos: no había razón para que España se interesase por establecer relaciones comerciales con Irán (Córdoba, 2001: 7-8). La puerta que él abría al Orientalismo español al protagonizar un viaje tan singular, la cerraba al mismo tiempo, pues raramente hubo arqueología en el Oriente del s. XIX sin beneficios económicos paralelos de los europeos.

Uno de los personajes más complejos de la presencia española en Egipto durante el s. XIX fue Juan Víctor Abargues de Sostén. La documentación de que disponemos sobre él es absolutamente contradictoria y lo mismo puede sustentar una interpretación que le califique de aventurero intelectual como de impostor con pocos escrúpulos. Seguramente no sea correcto limitarse a estos extremos, que por otra parte no son incompatibles, y puede que con toda probabilidad se trate de un individuo de personalidad rica y vida fascinante en la que los aspectos positivos conviven con otros más oscuros.

Las primeras noticias sobre este personaje datan de 1876, gracias a la correspondencia del antiguo Consulado General de España en Alejandría. En ella se manifiesta el interés de Abargues por obtener un cargo consular y, más significativo para nosotros, que fue comisionado por el Rey Alfonso XII para adquirir animales del Alto Nilo, con destino a los jardines de la Casa Real (Gómez de Valenzuela, s.d.: 109)

En los documentos del Museo Arqueológico Nacional se le califica de “arquitecto del virrey de Egipto”. Cómo llegó a ocupar este cargo o qué actividades llevó a cabo en Egipto, son cuestiones para las que no tengo respuestas. En marzo de 1877 se le nombra corresponsal en Egipto del Museo para que sus estudios arqueológicos en este país redunden en “los adelantos de la ciencia en España” y para que su recolecta de antigüedades permita “el engrandecimiento de las colecciones” de la institución. Sólo seis días después ya ha propuesto la venta de un primer conjunto de piezas, que desea liquidar con rapidez: “el vendedor no puede esperar los meses que habrían de transcurrir hasta que hubiese medios de pagarle” y dos años después propone un segundo, que también es adquirido por el Estado (Archivo MAN, Exp. 1877/7 y 1879/15). Su celo por la ciencia parece que le proporcionaba algunos beneficios económicos.

Pero éstos no están reñidos con un interés seguro por el significado de las antigüedades. Con la primera venta entrega una lista muy detallada de procedencias. En ella propone una interpretación de la función de alguno de los objetos. Hoy se nos antoja fantasiosa, aunque corresponde con el espíritu de la época: “En este plato [de Abidos] se recogían las últimas gotas de la sangre de las víctimas inmoladas a los dioses, y puesto sobre otro de oro, presentábalo el sacrificador al oferente...” (Archivo MAN, Exp. 1877/7). De hecho, su segunda venta coincidió con la conferencia titulada “Juicio del alma en el Amenthi según la doctrina religiosa del antiguo Egipto” que leyó en la Sociedad Antropológica del Dr. González Velasco. Sus conocimientos, sin embargo, no debían de ser muy profundos, pues una parte de las colecciones que adquirió en Egipto se consideran hoy falsificaciones (Pérez Díe, en Marcos Pous, 1993: 368).

Dos años después, lo encontramos organizando una expedición científica, geográfica y mercantil al mar Rojo por encargo de la *Asociación Española para la Exploración de África*, que había sido fundada por Alfonso XII como filial de la creada en Bélgica por Leopoldo II. Para ella solicitó

material al Ministerio de la Guerra. Pero un despacho de la Embajada en El Cairo señala que el cónsul inglés le ha denunciado por presentarse en Abisinia atribuyéndose fraudulentamente un cargo consular, el título de comendador de varias órdenes y ser portador de regalos del rey español (Pérez Díe, en Marcos Pous, 1993: 368). Sin embargo, recogió numerosos datos de interés sobre las regiones visitadas, que plasmó en *Resumen sobre los intereses comerciales de España en el mar Rojo y la necesidad de consulados y factorías para el desarrollo de nuestro comercio y como apoyo de nuestras comunicaciones con Filipinas*. La obra es valorada favorablemente por los antropólogos actuales, y a partir de los resultados de su viaje se creó en Barcelona una sociedad para comerciar con los países que visitó la expedición (Romero de Tejada, 1980: 45).

Investigación arqueológica en Egipto

La mejor prueba de la dificultad española de estar presente en la investigación arqueológica de Oriente durante el s. XIX la tenemos, precisamente, en los dos casos en que sabemos que ésta se llevó a cabo en Egipto. Ambos son productos de unas situaciones concretas, que podemos poner en paralelo a los primeros contactos con el suelo egipcio de otros países, pero los españoles no desembocaron en la estabilización de una investigación arqueológica en el valle del Nilo ni en el desarrollo de una escuela egiptológica.

La reforma en los años 1870 de los estatutos de la Escuela de Bellas Artes de Roma incluía la posibilidad de que los pensionados de Arquitectura emprendieran un viaje por Oriente durante su segundo año. La decisión puede resultar sorprendente desde la perspectiva actual, pero en el s. XIX era habitual la implicación de estos técnicos en el estudio de las antigüedades. Por esos mismos años, L. Borchardt, arquitecto, identificaba las diferentes partes de un complejo funerario real en su excavación de las pirámides de Abusir y se convertía en el primer director del Instituto Arqueológico Alemán de El Cairo.

En 1876-7, Aníbal Álvarez y Ramiro Amador de los Ríos se desplazaron a Egipto después de una estancia de varios meses en Grecia. El primero se limitó a copiar obras en el Museo de Bulaq antes de regresar

a Roma. El segundo, más intrépido, visitó los monumentos del Alto Egipto, compartió vivencias con Rochemonteix, el epigrafista francés que había iniciado su monumental copia integral del templo de Edfú (David, 1994: 243) y residió unos meses en la antigua Tebas. Resultado de este viaje fue un estudio del templo de Luxor. En 1891, fue Alberto Albiñana quien regresó a esta localidad, centrando su labor en el templo de Khonsu que se halla en el recinto de Karnak. Todavía en 1905, Francisco Aznar Sanjurjo solicita permiso para desplazarse a Egipto, pero no hay constancia de que realizase ninguna obra allí (Bru Romo, 1971). Una posible vía de análisis del patrimonio egipcio quedaba así cerrada, sin haber dado frutos.

La segunda intervención española, más propiamente arqueológica y muy bien conocida es la excavación de la tumba de Sennedjem.

Eduard Toda i Güell llegó a Egipto en 1884 y ocupó el cargo de vicecónsul y, después, de cónsul durante dos años. En este tiempo, su relación con los arqueólogos del Servicio de Antigüedades egipcio fue muy estrecha. Aunque no haya documentos que testimonien cómo se inició, podemos intuir algunas de las razones que facilitaron este acercamiento, como el interés de Toda por las antigüedades y la integración de los arqueólogos en un contexto diplomático. Esta amistad le permitió tomar parte en algunas pequeñas tareas de excavación en el Delta durante 1885 y, poco antes de dejar el país, en el viaje de inspección al Alto Egipto de 1886. Al mismo tiempo, llevó a cabo un importante acopio de piezas, formando la colección particular más importante que haya llegado a España.

La reciente publicación de las cartas de G. Maspero, director del *Service des Antiquités*, a su esposa, retenida en Francia después del verano de 1885 a causa de un embarazo, nos permite conocer el respeto y la sincera amistad del egiptólogo francés por el diplomático catalán. En ellas queda reflejado el carácter extrovertido de éste e incluso se menciona una relación sentimental con la hija de E. Brugsch, asistente de conservador en el Museo de Bulaq.

“Toda es muy buen compañero, muy alegre y elimina un poco la pesadez de los otros. Bouriant y yo le hemos enseñado a hacer retruécanos y los hace a la inversa. Su viaje no se ha realizado sin dificultades: su superior, de Ortega, celoso de él, le ha buscado mil enredos; para superarlos, ha tenido que telegrafiar a Madrid y pedir oficialmente un permiso de cuatro meses que se han

apresurado a concederle. Nos ha traído la buena noticia a Siut, ha regresado para poner sus asuntos en orden y se reunirá con nosotros en Luxor, el sábado o el domingo. Gracias a él no nos aburriremos". (Maspero, 2003: 128)

Durante la segunda parte del s. XIX, la labor de vigilancia y estudio de los monumentos por parte del Servicio de Antigüedades egipcio se reforzaba mediante un viaje de inspección anual al Alto Egipto. En él participaban el Director y la mayoría de los conservadores y ayudantes del Museo de Bulaq. Toda les acompañó en el de 1886. La correspondencia de Maspero nos permite saber que el cónsul español no tenía una función arqueológica determinada, aunque colaboraba, por ejemplo, en la catalogación de monedas. Con frecuencia se ocupaba de cazar para dar variedad a la dieta del grupo. Además, tuvo la oportunidad de completar una buena colección de antigüedades que adquiriría bajo el asesoramiento de los investigadores de la misión, y que unos años después ofreció en venta, casi completa, al Estado español, como ya se ha visto.

Estando en Luxor, recibieron la noticia del descubrimiento de una tumba en la orilla occidental. Tras ocho días vaciando los accesos, vieron que conservaba las puertas originales: era la primera sepultura intacta de un personaje privado encontrada en Egipto. Sin duda, porque el equipo estaba ocupado en otras actividades, entre las que la más importante era el desescombro del templo de Luxor, Maspero confió a Toda la vigilancia de la excavación (Padró, 1988).

Ésta se realizó con el método que se empleaba en la época: vaciar la tumba lo más rápido posible –varios cientos de objetos y una veintena de momias en tres días escasos– y fotografiar y hacer el estudio epigráfico de los objetos después. No se hizo ningún plano de su disposición en la cámara, y es posible que se hiciese alguna fotografía del interior aún con objetos, según se deduce de la correspondencia citada, pero se perdieron los negativos por un accidente. El inventario del ajuar se realizó cuando todo estaba ya sobre la cubierta del barco. Las condiciones del trabajo no fueron las mejores, pero también hay que entender las circunstancias del momento: el equipo se encontraba en una visita de inspección que no se podía demorar mucho en un único yacimiento, era inviable dejar los objetos en la tumba por riesgo al saqueo, etc.



Calco de un relieve del Reino Antiguo, realizado por E. Toda y donado junto a otras piezas a la Biblioteca-Museo Balaguer de Vilanova i la Geltrú.



Uno de los grabados que ilustran la memoria de la intervención arqueológica de E. Toda en la tumba de Sennedjem.

Resulta también muy significativo el tratamiento que se dio a las momias, por lo que informa de las prioridades científicas de esta época. Nueve estaban enterradas en sarcófagos y fueron trasladadas al barco sin mayor problema. Las otras once estaban en mal estado y, ante la imposibilidad de mover sus cuerpos sin destrozarlos, Toda decidió conservar las cabezas. Este comportamiento responde a los presupuestos antropológicos habituales del s. XIX, para los que la craneometría, las medidas de los cráneos, eran el elemento definitorio para la clasificación de los grupos humanos.

Posteriormente se procedió a fotografiar y copiar las inscripciones. Las placas fueron realizadas con la colaboración de J.H. Insinger, y sirvieron

de base para los grabados que ilustraron la publicación de la tumba. En la labor epigráfica el diplomático fue ayudado por U. Bouriant. A éste se deben seguramente las traducciones, pues no parece que Toda comprendiese con fluidez la lengua egipcia antigua (Moliner Polo, 1998: 62).

Su interés por la Egiptología se mantuvo activo durante un tiempo. Tras su regreso a España, publicó una serie de monografías que, bajo el título común de *Estudios egiptológicos*, versaron sobre Ramsés II (Toda, 1886), sobre la concepción egipcia de la muerte (Toda, 1887a) y un tercer volumen que era la memoria de la excavación en la tumba de Sennedjem, con la copia jeroglífica y traducción de los textos (Toda, 1887b). A ellas hay que añadir el estudio de las antigüedades que donó a la biblioteca de Vilanova i la Geltrú (Toda, 1887c) y un breve ensayo sobre las momias reales de la *cachette* de Deir el-Bahari y su descubrimiento (Toda, 1889). A pesar de las críticas arqueológicas expresadas antes, no cabe duda del mérito de esta labor. Las obras de Toda suponen el primer conjunto de producción egiptológica coherente escrita por un autor español y, sin duda, la más importante es *Son Notém en Tebas. Inventario y textos de un sepulcro egipcio de la XX dinastía*. Tras ella, hubo que esperar casi un siglo hasta que se editaron de nuevo trabajos arqueológicos realizados en suelo egipcio por un equipo hispano.

Por sorprendente que pueda parecernos, el interés por Oriente en general y Egipto en particular siguió en la España del Sexenio revolucionario y los primeros años de la Restauración las mismas vías que en los países de nuestro entorno cultural, pero en un proceso mucho más rápido y a una escala más reducida.

A la existencia de un interés específico por la filología antigua, con la aparición de los primeros especialistas en lenguas orientales –aunque no del egipcio antiguo hasta inicios del s. XX: la primera obra de temática filológica que conozco es la de Treviño, de 1909–, se unió la aparición de un espíritu anticuarista un poco tardío y que chocaba ya con las dificultades interpuestas por el Servicio de Antigüedades egipcias a la exportación de piezas.

En este ambiente cultural se producen varias iniciativas estatales dirigidas a facilitar el estudio de las antigüedades mediante breves estancias en Egipto: tras la fallida expedición de la Comisión de Oriente, se inicia el envío de pensionados de Arquitectura de la Academia de Roma, lo que se hace sin ninguna regularidad.

La actividad de Toda no se enmarca en un proyecto planificado, pero es producto de una curiosidad intelectual que tenía sus paralelismos en la España contemporánea, y que él estuvo en disposición de desarrollar gracias a su cargo diplomático. La existencia de casos particulares como el suyo se convirtió en el motor que hizo surgir una escuela en varios lugares europeos, cuando el iniciador mantenía una labor continuada y daba tiempo para el surgimiento de seguidores. Pero no fue su caso.

La obra de algunos historiadores de ese momento manifiesta también su capacidad de estar al día en una parte, al menos, de la producción bibliográfica especializada, lo que eleva considerablemente el nivel medio del conocimiento sobre el Egipto antiguo. Baste recordar las obras de Manuel Sales y Ferré, *El hombre primitivo y las tradiciones orientales*, de 1881, o las de Miguel Morayta, *Cronología de Egipto* y su discurso inaugural del curso en la Universidad de Madrid *¿Cuándo reinó Menes?*, ambas de 1884.

Ante esta situación, surge la pregunta de por qué el proceso de nacimiento de una escuela egiptológica se detuvo en ese punto.

El final del s. XIX, como es bien sabido, fue un momento de profunda crisis y una transformación dramática en España. El movimiento de liberación de las antiguas colonias inicia un periodo de dificultades económicas y de pérdida de prestigio internacional que no podían sino influir negativamente en la capacidad de intervención en el exterior. En ese contexto, era imposible poder seguir sufragando los gastos de las expediciones a Oriente. Además, los propios intelectuales pierden interés por la historia de otros pueblos y se centran de manera casi obsesiva en preguntarse por su identidad como miembros de una colectividad, algunos como españoles, otros de sus diferentes comunidades. En el momento en que la legislación egipcia abría la posibilidad de colaboraciones externas, los eruditos hispanos volvieron su pensamiento hacia el interior. El propio Toda es un ejemplo paradigmático de la situación: desde la década de 1890 abandona su producción egiptológica –su último trabajo es de 1889– y se centra en estudios sobre Cataluña y su patrimonio.

Cuando se produce la recuperación económica, la situación respecto al norte de África ha cambiado. En un ensayo sobre el interés de la España del s. XIX por Oriente, Morales Lezcano (1990) relaciona la imposibilidad de desarrollar un orientalismo científico y artístico con la pérdida de protagonismo en las relaciones internacionales. Ante esa situación, el



Entrada a la pirámide de Unis.
Ilustración de la obra *A través del Egipto*, de E. Toda, 1889.



Mendigo de Tánger, de F. Lameyer (Museo de Évora, Portugal). A pesar de haber viajado por el valle del Nilo y ser coleccionista de antigüedades egipcias, sus cuadros orientalistas se ambientan en Marruecos.

orientalismo español se hizo africanista o, mejor, magrebí, pues el Noroeste de África era la única región en la que España podía ejercer una actuación colonial, con su séquito de militares, médicos, investigadores y artistas. No es que no hubiera interés por otros lugares, pues los párrafos anteriores son testimonio de la curiosidad por el Egipto antiguo –y el prestigio que conllevaba–, pero finalmente se impuso la versión más crudamente realista de la política cultural en el exterior.

Marruecos fue el problema internacional más discutido en España –con la excepción de Cuba– entre 1860 y 1912. Durante esos años, las relaciones entre ambos países se habían ido deteriorando dramáticamente, coincidiendo con el empuje de Gran Bretaña y Francia por dominar territorios norteafricanos. Los sucesivos tratados y conferencias con Francia y el reino alauita (1904-1912) repartieron las respectivas áreas de influencia. Se estableció así el Protectorado de Marruecos, que tras la Guerra del Rif se convierte en el centro de atención de los arqueólogos españoles en el exterior. Ahora sí, España comprende que en la situación internacional de ese momento, arqueología y administración colonial están unidas y, desde ese momento, se inician también intervenciones en las otras colonias: Río de Oro (Sahara español) y Guinea Ecuatorial (Fernández Martínez, 1997: 705).

Si no surge una Egiptología española es, por una parte, porque la actividad arqueológica se desplaza hacia las colonias africanas. Y, por otra parte, porque tampoco existía en España una infraestructura universitaria con capacidad para desarrollar un proyecto de análisis histórico o filológico del pasado egipcio desde una perspectiva académica que pudiera prescindir de la intervención directa en el trabajo de campo.

Durante las seis primeras décadas del s. XX, ningún investigador español trabaja en Egipto. La redacción de obras de temática egiptológica no se paraliza por completo, pero se va ralentizando. Una parte importante de sus autores tienen una característica común: son sacerdotes que llegan a la Historia antigua de Egipto a partir de su interés por los estudios bíblicos, o que se encuentran en Oriente desempeñando su ministerio sacerdotal. La tendencia la inician F. Rougier con *Biblia y Egiptología* (1893) y poco después R. Fernández Valbuena y su *Egipto y Asiria resucitados* (1904). Les sigue B. Ubach, quien redacta *El Sinaí* (1913) tras un viaje por esta Península y es el creador en los años siguientes del Museo Bíblico de Montserrat, para

el que se adquirió un lote significativo de piezas egipcias en 1927 (Pons Mellado, 1995: 7). En 1930, el franciscano F. Roque Martínez, residente en Alejandría, hace una donación al Museo Arqueológico Nacional de unas trescientas piezas, el primer ingreso importante de material egipcio desde la compra de la colección de Toda. Esta corriente culmina con B. Celada, quien ejerció de Profesor de Historia y Arqueología del Próximo Oriente en la Universidad Complutense de Madrid, en la década de 1940. Sin embargo, hubo de abandonar las clases por el escaso número de alumnos (Sen, 1991: 3), situación que contrasta con la intensificación de las excavaciones españolas en las colonias de África occidental, con las que el régimen franquista intentaba compensar su aislamiento internacional mediante el prestigio de “potencia colonial” (Fernández Martínez, 1997: 706).

La Campaña de salvamento de Nubia

En la década de 1950, Egipto decidió la construcción de una segunda presa en Asuán que proporcionase la energía hidroeléctrica necesaria para la industrialización del país. La decisión era dolorosa, pues suponía inundar bajo un gran embalse una región amplísima de más de 500 km de longitud. A la desaparición de la Baja Nubia, con su cultura ancestral y la necesidad de evacuar a sus habitantes, había que añadir la pérdida de varios cientos –después se descubrió que eran varios miles– de yacimientos arqueológicos y varias construcciones de época faraónica y cristiana de enorme valor histórico. El Estado egipcio intentó paliar este desastre mediante una solicitud a la UNESCO, pues tras la nacionalización del Canal de Suez y el ataque de Israel con apoyo franco-británico en 1956, pedir una ayuda directa a los países con más tradición egiptológica había quedado vedado.

El llamamiento internacional de esta organización fue atendido por España, que en 1960 crea el Comité Español para el Salvamento de los Tesoros Arqueológicos de Nubia, organismo que habría de encargarse de coordinar todas las actividades arqueológicas de los equipos españoles, su financiación, relaciones con la UNESCO, etc. Se nombra a M. Almagro Basch, director entonces del Museo Arqueológico Nacional, como director técnico y se envía a R. Blanco y Caro, con la misión de estudiar sobre

el terreno las posibilidades de la cooperación española y de contemplar los yacimientos sobre los que resultase interesante solicitar su concesión (Pérez Díe, 1983: 16).

España acababa de retirarse de Marruecos, en 1956. La independencia supuso la interrupción de buena parte de las responsabilidades culturales hacia el nuevo estado, en especial con respecto a los yacimientos arqueológicos, pues todas las excavaciones fueron abandonadas (Fernández Martínez, 1997: 708). El propio Almagro había desarrollado una parte importante de su labor investigadora sobre la Prehistoria del Sahara, prospectando y excavando yacimientos en las antiguas colonias de África occidental. La petición de ayuda internacional permitía regresar a un escenario semejante, pero en el otro extremo del continente.

La UNESCO aconsejó la formación de una misión conjunta italo-española por la escasa tradición egiptológica de nuestro país, pero esto fue tomado con suspicacia por el Comité, que finalmente consiguió evitar la “tutela”. Idéntica tarea de persuasión costó, unos años después, conseguir que se incluyese en la concesión española la región de los grabados rupestres, y también se obtuvo.

Aceptar otra opción habría cuadrado mal en los propósitos políticos de esta colaboración, pues la participación española fue aprovechada por el régimen franquista como propaganda de sus avances académicos:

“En una acción internacional al servicio de la cultura (...) no podía faltar el nombre de España, que ha colaborado siempre en las grandes empresas espirituales. (...) Esta campaña internacional de excavaciones arqueológicas ha permitido comprobar la probidad de nuestros arqueólogos, que han sabido trabajar al lado de los colegas extranjeros procedentes de las Universidades, Museos y centros de investigación más famosos del mundo. Tras una abnegada labor en aquellas lejanas tierras de la Nubia, y ahora con sus trabajos científicos, han mantenido en alto el nombre de nuestra Patria”. A. Martín Artajo, Presidente del Comité Español, en el prólogo al primer volumen de las Memorias de Excavación (Presedo Velo, 1963: 9-10).

La Misión Arqueológica Española actuó durante seis campañas. Solían iniciarse en las últimas semanas del año y tenían una duración variable.



Mapa de la Baja Nubia con indicación de los yacimientos excavados por la Misión Arqueológica Española en Nubia.

La primera, entre 1960 y 1961, fue muy corta; F. Presedo la calificaba “de prueba”. Las más largas fueron las de 1961-2 y 1962-3, que se prolongaron por cinco meses y en las que se actuó en un número elevado de yacimientos. La de 1963-4 fue mucho más moderada en sus pretensiones, pues se limitó a la excavación en las dos concesiones, una en cada país. En el otoño siguiente se complementó con la primera campaña dedicada al estudio de los grabados e inscripciones de la orilla oriental egipcia, cuando ya se había cerrado la presa de Asuán y las aguas habían empezado a embalsarse. Por último, en 1966 se realizó la última campaña, ya también exclusivamente epigráfica, pues buena parte de la Baja Nubia estaba ya inundada.

El número de miembros fue siempre muy reducido, lo que les obligaba a cumplir tareas muy dispares y a trabajar una cantidad de horas muy elevada. Los directores de campo fueron M. Almagro Basch, F. Presedo, M. Pellicer, E. Ripoll, M.Á. García Guinea y J. Teixidor; todos eran arqueólogos con experiencia en el trabajo de campo y ocupaban puestos de profesores en diversos centros universitarios españoles. Pero ninguno había trabajado nunca en el valle del Nilo; y en su mayoría estaban especializados en la Prehistoria, lejos por tanto, de los periodos que iban a estudiar, en especial de los yacimientos medievales cristianos que fueron la primera opción que se dio al Comité español. Junto a ellos trabajaron varios licenciados recientes en Filosofía y Letras y algunos estudiantes, con sus carreras aún sin terminar, que respondieron a la tentación de la aventura en tierras nilóticas; algunos de ellos han continuado una carrera profesional en la Arqueología. Blanco y Caro realizó el primer viaje de elección de yacimientos y participó activamente en varias campañas. Además, en sendos años, se unieron un profesor chileno y un arqueólogo peruano. Su labor se complementaba con el personal técnico de apoyo: dibujantes, topógrafos, fotógrafos; entre ellos hay que mencionar también a los *quftis*, trabajadores egipcios especializados en intervenciones de campo que tuvieron una participación fundamental en el desarrollo de las excavaciones.

En las cuatro primeras campañas, el equipo se dividía en dos grupos que excavaban uno en territorio de la Nubia egipcia y otro en la sudanesa, a ambos lados de la frontera. Aunque la distancia entre ellos podía llegar a 200 km, se vieron obligados a compartir a determinados miembros, sobre todo a los dedicados a labores técnicas –topografía, dibujo–, pero

también a arqueólogos, que se desplazaban en función de la planificación del trabajo, a pesar de que se empleaba mucho tiempo en recorrer la distancia que los separaba, por las condiciones de la región.

Los yacimientos excavados abarcan toda la secuencia histórica de Nubia, a partir del Neolítico que puede atribuirse a algunos grabados y restos aislados del Grupo C (III milenio a. e.) hasta la época islámica. En el lado egipcio se excavó una fortaleza cristiana –Sheikh Daud– y varias necrópolis en la región de Masmás, de las que la más significativa es la de Nag Gamus. Además se estudiaron los grabados rupestres e inscripciones de la orilla oriental entre Derr y Qasr Ibrim. En la región sudanesa el trabajo se desarrolló en las necrópolis en torno a la localidad de Argín y tres poblados cristianos, los de Ad-Donga (también en Argín) y de las islas de Qasr Iko y Abkanarti.

Los métodos de trabajo del Comité Español

Antes de llegar a la región, ya disponían de las informaciones de las campañas de prospección previas, tanto las de comienzos de siglo realizadas cuando se creó la primera presa de Asuán, en 1903, como de las más amplias patrocinadas por la UNESCO antes de la llegada de los equipos internacionales. Aun así, empezaban su trabajo en cada concesión con una exploración particular que daba buenos resultados, pues se solían descubrir nuevos yacimientos, aunque no eran de gran extensión –si hubieran sido mayores seguramente no habrían pasado inadvertidos en las campañas de exploración precedentes–.

Las propias circunstancias fueron determinantes en el desarrollo del trabajo. Era imprescindible una cierta rapidez:

“el plan de la primera campaña era excavar una parte no demasiado extensa de casas con el fin de ver la estructura urbana de Abkanarti, ya que por su extensión, la excavación total del yacimiento exigiría varias campañas antes de darse por terminado” (Presedo Velo, 1965: 15).

Además, los grupos de arqueólogos eran muy pequeños, de manera que buena parte de la responsabilidad de la excavación recaía en los *quftis*.

En la excavación de los centros de gran tamaño se procedía a una limpieza cuidadosa por un número muy elevado de trabajadores locales “en pequeñas brigadas” controlados por los *quftis* más que por el propio arqueólogo. Esto explica que un poblado como Qasr Iko pudiera excavar-se en sólo un mes y Sheikh Daud en sendas campañas de un mes y cinco semanas. Cuando las casas estaban suficientemente limpias se procedía a una minuciosa excavación por uno o dos obreros en cada habitación. Aunque en la memoria se recoge la atención que se puso en intentar identificar estratigrafías, en especial en la fortaleza de Sheikh Daud, sólo se encontró en la ocupación de una de las casas de Abkanarti (Presedo Velo, 1965: 13).

Para ilustrar la excavación de las necrópolis, tomamos como referencia el modo de actuar de Pellicer en Nag-Shayeg:

“En nuestro trabajo procedimos primeramente, con tres “kuftis” y veinte obreros, a limpiar de arena la zona a excavar, lo cual nos demostró que gran parte de los enterramientos continuaban debajo de las actuales casas del pueblo. Según íbamos localizando las tumbas, íbamos colocando encima de ellas las lajas de piedra con su respectiva numeración. (...) Organizamos el trabajo de manera que cada uno de los tres “kuftis” dirigiera un equipo de cinco obreros, excavándose simultáneamente tres tumbas. Mientras tanto, los otros cinco obreros iban localizando y señalando nuevas tumbas. Cada tumba excavada era situada en el plano y orientada, obteniendo de ella un croquis y fotografías en negro y en color. En la misma excavación se les daba a los materiales hallados la signatura correspondiente con las iniciales MAN (Meroítico Argín Norte) y el número de la tumba” (Pellicer, 1963: 8).

El trabajo se repartía entre los cuatro componentes del equipo: el director y una arqueóloga se encargaban de la excavación, la topografía y la fotografía; una tercera arqueóloga hacía la clasificación, limpieza y restauración del material hallado en las tumbas; por último, el dibujante procedía a documentar cada tumba, mientras trabajaba al mismo tiempo en otro yacimiento.

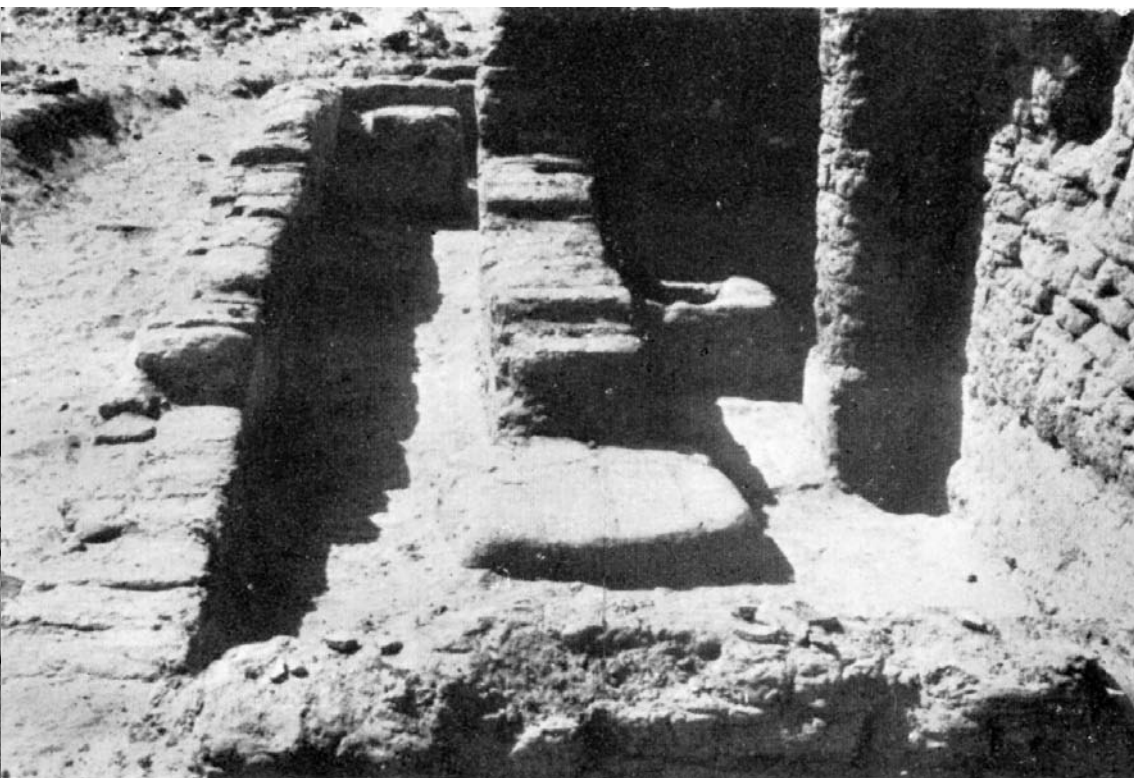
Conseguir la concesión de los grabados e inscripciones rupestres había sido uno de los objetivos prioritarios desde el primer momento, pues el propio director de la Misión era un especialista en arte norteafricano y otros miembros tenían también experiencia investigadora en el tema.



Quftis y trabajadores locales en una de las necrópolis de Masmás: Nag Gamus.

Localizado el grabado, se procedía a documentarlo mediante un registro descriptivo, fotografía y calco. Éste se realizaba con un tejido de plástico muy transparente sobre el que se copiaba con lápices vidriográficos de color verdoso; el traslado a papel vegetal se realizaba después, en una sala de trabajo habilitada en los barcos del Servicio de Antigüedades. Esto permitía reutilizar los tejidos de plástico. Con los calcos sobre papel y las fotografías se trabajó después en el Instituto Español de Prehistoria del CSIC, rehaciendo a su tamaño natural los grabados, pinturas, inscripciones, etc.

En aquellos elementos en los que no era posible utilizar este sistema, pues el calco era inviable, se procedió a desarrollar otro. El grabado



Excavación de una de las iglesias de Qasr Iko.

se fotografiaba con una escala. Después, ya en laboratorio, se proyectaba el negativo sobre una pantalla de cristal, teniendo cuidado de hacer coincidir la escala fotografiada con una real, para conservar el tamaño exacto. El calco se realizaba por detrás o por delante de la pantalla.

Una vez terminados los calcos, y ante la pérdida irremisible de los grabados, se decidió cortar ochenta de ellos, los más significativos, incluida una estela de Sethy I. La mayoría quedó en los museos egipcios, salvo algunos fragmentos pequeños.



Recipiente meroítico con decoración polícroma. Tumba 4 de Nag Gamus.

Balance final de la Campaña de Nubia

Las consecuencias primeras de la participación en la Campaña de Nubia fueron tres. La primera, la entrega a España de una buena parte del material arqueológico que hallaron las misiones: la mitad del sudanés –era lo acordado en el llamamiento de la UNESCO– y la casi totalidad del egipcio. En segundo lugar, esta política de generosidad de Egipto hacia España se concretó aún más con la donación del templo de Debod. Y, por último, concesión, para su excavación, del yacimiento arqueológico de

Heracleópolis Magna, en Egipto, al que unos años después siguió un permiso semejante en Sudán.

Los equipos españoles superaron la desconfianza que había en un principio respecto a sus posibilidades. La UNESCO les había encomendado el estudio de iglesias y poblados de época cristiana, un periodo poco conocido a pesar de su interés histórico y arqueológico (Pérez Díe, 1983: 21), tal vez presuponiéndoles más capacidad para trabajar con material medieval que antiguo. Sin embargo, la amplitud cronológica de las concesiones muestra que pronto se reconoció su versatilidad para trabajar sobre cualquier periodo.

Lo que más llamó la atención a la Egiptología internacional fue la rapidez con la que se editaron las memorias de excavación. Casi podría decirse que cada yacimiento era publicado uno o dos años después de terminado el trabajo de campo. Esa puntualidad en dar a conocer los resultados ha sido una de las alabanzas que, con más razón, se ha hecho siempre del Comité español. Para tener una perspectiva general de la situación, hay que recordar que la labor de muchos de los equipos internacionales permanece aún inédita. Por poner un ejemplo importante para nosotros, la excavación del templo de Debod, realizada por un equipo polaco, sigue sin ver la luz.

Siguiendo la lectura de las once memorias, también resulta evidente cómo fue aumentando la confianza del equipo en sus posibilidades, en su conocimiento del terreno y de los materiales. En general, incluso la propia presentación de los resultados fue mejorando en cada nuevo volumen.

Aunque los yacimientos de los que se responsabilizaron no eran los más significativos —a excepción, tal vez, de los grabados rupestres—, el resultado de su trabajo es meritorio y fue una contribución importante al conocimiento de los periodos a los que corresponden los sitios, especialmente para la Nubia meroítica y medieval.

Pero en el balance final también hay aspectos negativos.

En la excavación de necrópolis, la metodología actual exige la presencia de un antropólogo. Así lo pensaban ya los responsables del trabajo de campo, por lo que desde la tercera campaña se integró a dos especialistas en el equipo, E. Aguirre y J. Altuna. Sin embargo, la disparidad de criterios entre ellos hizo que no se trabajara en colaboración y el resultado de sus investigaciones nunca ha sido publicado.

La presentación de las plantas de los edificios o de las tumbas, mediante dibujos muy esquemáticos o a línea recta, resulta desde una perspectiva actual un tanto pobre. También la documentación fotográfica podría haber sido algo más completa. Pero hay que tener en cuenta que se trataba de campañas de salvamento urgente y no podían emplear tiempo en dibujar una fortaleza entera piedra a piedra, que las difíciles condiciones en que vivía el equipo afectaban también al material fotográfico y que, además, no iba un fotógrafo en todas las campañas, de manera que en algunos casos fueron los arqueólogos con sus cámaras particulares quienes tuvieron que asumir el registro del trabajo de campo y de las piezas exhumadas.

Con la urgencia por publicar con rapidez, se perdió la oportunidad de hacer memorias más meditadas que incluyeran una elaboración más detallada del material. Como ejemplo se puede señalar que las necrópolis de Argín, con sus numerosos sectores y su amplia cronología proporcionaron suficiente cantidad de material –sólo en Nag el Arab se localizaron 1.150 enterramientos– para haber intentado una seriación que hubiera sido de inmenso valor para conocer la evolución cultural de la región (Fernández Martínez, 1997: 715).

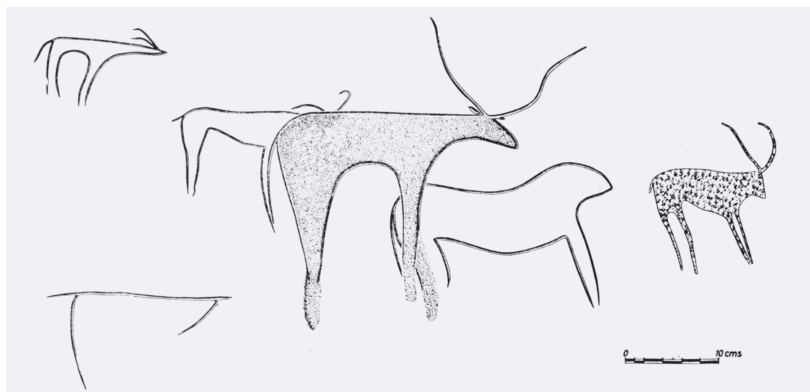
Tal vez lo más criticable es que los diarios de excavación de Argín se perdieron antes incluso de publicar la memoria (Pellicer / Llongueras, 1965: 16), lo que impedirá cualquier intento de revisar sus datos y de editarla completa, pues la serie no cubre la totalidad de los yacimientos excavados. En su descargo hay que decir que el material inédito es de escasa entidad: dos necrópolis del Grupo C, una de túmulos y otra de tumbas, así como un pequeño grupo de tumbas del Reino Nuevo y otros hallazgos faraónicos, todos en Argín y el poblado cristiano de Nag Gamus.

En términos generales, el resultado es positivo. Fue una buena escuela para los arqueólogos principiantes que participaron en ella. Sin embargo, no significó, al menos directa e inmediatamente la aparición de una Egiptología española. De los integrantes del equipo, sólo J. López –que ya estaba por entonces estudiando en París– se dedicó profesionalmente a la Egiptología, pero en Francia. F. Presedo incorporó el Egipto antiguo a su actividad docente, aunque nunca en exclusividad; no obstante, esto fue suficiente para impulsar el surgimiento del actual grupo sevillano.



Mesa de ofrendas con inscripción meroítica. Tumba 8, Nag Gamus.
Museo de El Cairo.

De forma indirecta y a largo plazo, la Misión Arqueológica Española en Nubia sí ha tenido un papel en el nacimiento de la actual Egiptología española. Esta actuación se debe al papel que han desempeñado las donaciones y concesiones egipcias en agradecimiento por la labor desarrollada allí. En primer lugar, la colección de antigüedades nubias conservada casi por completo en el Museo Arqueológico Nacional y el



Calco de uno de los grabados rupestres de Nag Kolorodna, ejecutado con distintas técnicas.

templo de Debod han promovido vocaciones y provocado estudios que están en el inicio de la actividad investigadora de muchos de los profesionales actuales. En segundo lugar, Heracleópolis Magna ha mantenido la presencia de egiptólogos españoles en Egipto durante tres décadas; de hecho, en él ha intervenido una buena parte de los que están activos en la actualidad en nuestro país. Pero incluso esta concesión estuvo a punto de perderse. Durante los años setenta escasearon las campañas de intervención y a inicios de la siguiente década quedaron suspendidas. Un prolongado silencio administrativo parecía señalar el fin de nuestra actividad en el yacimiento, con la consiguiente inquietud en los medios arqueológicos, pero también en los diplomáticos. Afortunadamente, en 1984 se retomaron las campañas y el péndulo de la presencia arqueológica hispana en suelo egipcio volvió a ponerse en marcha, como son testigos los trabajos que presentan los demás participantes en este ciclo.

Bibliografía

- ALMENARA ROSALES, E.; MARTÍN DEL RÍO ÁLVAREZ, C. (2000): El largo viaje del patrimonio egipcio. El ejemplo de la colección del Museo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife, en M.Á. Molinero Polo, D. Sola Antequera (coords.), *Arte y sociedad del Egipto antiguo*. Madrid, 254-265.
- BALBÍN DE UNQUERA, A. (1868): *Arqueología egipcia*. Gómez Fuentenebro impresor, Madrid.
- BRU ROMO, M. (1971): *La Academia Española de Bellas Artes en Roma*. Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.
- CALATRAVA, J.A. (1992): Isidoro Bosarte y la nueva Egiptomanía del final del s. XVIII: *Las observaciones sobre las Bellas Artes entre los antiguos (1791)*, *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada* 22: 373-383.
- CHINCHILLA GÓMEZ, M. (1993): Viaje a Oriente de la fragata Arapiles, en Marcos Pous (1993), 286-299.
- CODINA RODRÍGUEZ, P. (1999): Acerca de la supuesta “momia falsa” expuesta en el Museo Arqueológico Nacional, *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* XVII: 11-17.
- CÓRDOBA ZOILO, J.M. (2001): La percepción del Irán antiguo y contemporáneo en la obra de los viajeros españoles de los siglos XVII y XIX, en J.Mª Córdoba Zoilo; R. Jiménez Zamudio, C. Sevilla Cueva (eds.): *Actas del primer seminario monográfico de primavera. El redescubrimiento de Oriente Próximo y Egipto. Viajes, hallazgos e investigaciones*. Madrid, 1-15.
- DAVID, E. (1994): *Mariette Pacha. 1821-1881*. Pygmalion, Paris.
- ELVIRA BARBA, M.Á. (1998): *El Cuaderno de Ajello y las esculturas del Museo del Prado*. Museo del Prado, Madrid.
- ESCRIBANO MARTÍN, F. (2001): Los estudios sobre oriente en la España de finales del siglo XIX: la vida y obra de Francisco García Ayuso, en J.Mª Córdoba Zoilo; R. Jiménez Zamudio, C. Sevilla Cueva (eds.): *Actas del primer seminario monográfico de primavera. El redescubrimiento de Oriente Próximo y Egipto. Viajes, hallazgos e investigaciones*. Madrid, 107-116.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M. (1997): La arqueología española en África, en G. Mora & M. Díaz-Andreu (eds.): *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, x, Málaga: 705-719.
- GÓMEZ DE VALENZUELA, M. (s.d.): Juan Víctor Abargues, un viajero del XIX por el Nilo *Sociedad Geográfica Española. Boletín* 11: 108-111.
- LARA PEINADO, F. (1991): Un cultivador de la Egiptología: José Ramón Mélida, *Boletín de la Asociación Española de Egiptología* 3: 188-193.
- LISÓN TOLOSANA, C. (1971): *La Antropología Social en España*. Siglo XXI, Madrid.
- LUCAS PELLICER, Mª.R. (2002): Experiencia española en la Campaña de la UNESCO para el salvamento de los restos arqueológicos de Nubia, en Mª.J. López Grande (ed.), *Culturas del Valle del Nilo. Su historia, relaciones externas e investigación española*, Fundación Arqueológica Clos-Museu Egipci, Barcelona, 189-204.

MARCOS POUS, A. (coord.) (1993): *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia*. Ministerio de Cultura, Madrid.

MASPERO, G. (2003): *Lettres d'Égypte. Correspondance avec Louise Maspero [1883-1914]*. Edition établie et présentée par Élisabeth David. Seuil, Paris.

MOLINERO POLO, M.Á. (1988a): De la creación del IFAO a la Primera Guerra Mundial, en *Egipto. Doscientos años de investigación arqueológica*. Miguel Á. MOLINERO POLO, JOSÉ R. PÉREZ-ACCINO, ANTONIO PÉREZ LARGACHA y COVADONGA SEVILLA CUEVA (coordinadores). Zugarto, Madrid, 44-65.

— (1988b): La campaña de Nubia, en *Egipto. Doscientos años de investigación arqueológica*. Miguel Á. Molinero Polo, José R. Pérez-Accino, Antonio Pérez Largacha y Covadonga Sevilla Cueva (coordinadores). Zugarto, Madrid, 94-109.

MONREAL AGUSTÍ, L. (1964): *Tesoros de Nubia. Expedición arqueológica a Egipto y Sudán*. Juventud, Barcelona.

MORALES LEZCANO, V. (1990): *Africanismo y Orientalismo español en el s. XIX*. Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe / UNED, Madrid.

PADRÓ I PARCERISA, J. (1973): Una estatua egipcia en la Barcelona del siglo XVII, *Ampurias* 35, 175-202.

— (1988): Eduard Toda, diplomate espagnol, érudit catalan et égyptologue du XIXe siècle. *Bulletin de la Société Française d'Égyptologie* 113: 32-45.

PAZ YANES, C. (1995): Don Tomás de Asensi: Historia de una vida y de una colección, *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* XIII: 5-11.

PELLICER CATALÁN, M. (1963): *La necrópolis meroítica de Nag-Shayeg*. Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.

PELLICER CATALÁN, M.; LLONGUERAS, M. (1965): *Las necrópolis meroíticas del Grupo X y cristianas de Nag-el-Arab (Argín, Sudán)*. Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.

PÉREZ DÍE, M^a. C. (1983): Excavaciones y restauraciones en Oriente Próximo y África del Norte (1960-1981), *Índice Cultural Español* 11: 11-33.

— (1993): Las colecciones egipcias y el Próximo Oriente, en Marcos Pous (1993): 159-169. *PINTURA ORIENTALISTA ESPAÑOLA (1830/1930)*. Fundación Banco Exterior, Madrid, 1988.

PONS MELLADO, E. (1995): *Terracotas egipcias de época greco-romana del Museo del Oriente Bíblico del Monasterio de Montserrat*. AUSA, Sabadell.

— (2000): Estatuilla de Osiris de la colección del Marqués de Monistrol, *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* XVIII: 17-20.

PRESEDO VELO, F.J. (1963): *Antigüedades cristianas de la isla de Kasar-Ico (2ª catarata del Nilo, Sudán)*. Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.

— (1965): *El poblado cristiano de la isla de Abkanarti en la segunda catarata del Nilo (Sudán)*. Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.

RADA Y DELGADO, J. DE DIOS DE LA (1873): Estatuas de divinidades egipcias (bronce) que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional, en *Museo Español de Antigüedades*. Imprenta de T. Fortanet, Madrid, II: 615-623.

— (1876): Estatua egipcia de basalto que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional, en *Museo Español de Antigüedades*. Imprenta de T. Fortanet, Madrid, VII: 699-700.

— (1876-1882): *Viaje a Oriente de la fragata de guerra Arapiles y de la Comisión científica que llevó a su bordo*. Emilio Oliver, Barcelona, 3 vols.

ROMERO DE TEJADA, P. (1980): Los españoles del siglo XIX en África y las colecciones del Museo Nacional de Etnología, en *Actas del I Congreso Español de Antropología*, Barcelona, vol. II, 39-62.

SACRISTÁN HERAS, F.J. (1999): La *Gran Expedición al Alto Egipto* enmarcada en los actos de inauguración del Canal de Suez, *Boletín de la Asociación Española de Egiptología* 9: 251-258.

SAGUAR QUER, C. (1997): Egiptomanía y arquitectura en España (1840-1940), *Goya* 259-260: 386-406.

SEN MONTERO, F. (1991): Semblanza de D. Benito Celada, *Boletín de la Asociación Española de Egiptología* 3: 3-5.

TODA I GÜELL, E. (1886): *Sesostris*. Madrid.

— (1887a): *La muerte en el antiguo Egipto*. Madrid.

— (1887b) = (1991): *Son Notém en Tebas*. Prólogo, Apéndice y fotografías por Josep Padró. AUSA, Sabadell (edición facsímil del original).

— (1887c): *Catálogo de la Colección egipcia de la Biblioteca-Museo de Balaguer*. Vilanova.

— (1889): Las momias reales del Museo Bulaq, apéndice a J. Rawlinson, *Historia del antiguo Egipto*. Madrid.

TREVIÑO Y VILLA, M. (1909): *La escritura egipcia y su transcripción castellana en caracteres neolatinos*. Madrid.

CUADRO I

Ingresos más significativos de piezas egipcias en el Museo Arqueológico Nacional, desde su fundación hasta la Campaña de Nubia⁷

Biblioteca Nacional (heredera del Gabinete de Antigüedades de la Real Biblioteca) Museo Nacional de Ciencias Naturales (heredero del Real Gabinete de Historia Natural)	Archivo MAN, Documentación antigua, Legajo 12, Exp. 3
1867: donación Escrivá de Romaní *	Pons Mellado, 2000
1868: Bermudez de Sotomayor *	Archivo MAN, Exp. 1868/13
1868: donación Seixas de Hezeta	Archivo MAN, Exp. 1868/30
1870: donación Galdo	Archivo MAN, Exp. 1870/16
1871: Comisión Arqueológica a Oriente *	Chinchilla, 1994
1871: donación Boix *	Archivo MAN, Exp. 1871 / 24
1873: adquisición colección Lameyer	Archivo MAN, Exp. 1873/23

⁷ Para una historia del proceso de formación de la Sección de Egipto y Próximo Oriente del Museo Arqueológico Nacional, véase Pérez Díe, 1994, que incluye la bibliografía específica para cada coleccionista, si existe, y piezas concretas hasta el momento de su redacción. Aquí se recogen sólo las que se han publicado después de la aparición de este estudio.

Los ingresos señalados con asterisco son aquellos que incluían menos de tres objetos procedentes del Valle del Nilo. Se presentan para dar una imagen más completa del proceso de entrada de piezas egipcias en el Museo, pero evidentemente son de menor importancia. La lista de estos ingresos menores no pretende ser exhaustiva. Casi todos proceden de colecciones heterogéneas, en las que el interés por Egipto está diluido en una curiosidad más amplia

1876: adquisición colección Asensi	Paz Yanes, 1995
1877: adquisición primera colección Abargues	Archivo MAN, Exp. 1877/7
1879: adquisición segunda colección Abargues	Archivo MAN, Exp. 1879/15
1887: adquisición colección Toda	Archivo MAN, Exp. 1887/1; Codina Rodríguez, 1999
1880: primera donación Castellanos de Losada *	Archivo MAN, Exp. 1880/1
1881: segunda donación Castellanos de Losada *	Archivo MAN, Exp. 1880/1 (sic)
1891: adquisición colección Vives Escudero	Archivo MAN, Exp. 1891/11
1923: primera donación Roque Martínez *	Archivo MAN, Exp. 1923/13
1925: donación Bauer *	Archivo MAN, Exp. 1925/57
1930: donación Roque Martínez	Archivo MAN, Exp. 1930/81
1955: Carlos de la Pinta *	Archivo MAN, Exp. 1955/15

por las civilizaciones antiguas en general.

No se incluyen las entradas realizadas a partir de coleccionistas extranjeros, pues no son significativas para el análisis desarrollado en este trabajo. Éstas son:

1879: adquisición colección cardenal Taggiasco (Archivo MAN; Exp. 1879/26 y 1902/53)

1887: donación Daninos

1895: donación Gobierno egipcio

1902: donación Setton-Karr (Archivo MAN; Exp. 1902/58)

1920: donación Marini (Archivo MAN; Exp. 1920/2 y 1923/13)

CUADRO II

Intervenciones de la Misión Arqueológica Española en Nubia

EGIPTO	SUDÁN
Campaña 1960-61	
Sheikh Daud	Argín: Mirmad
Campaña 1961-62	
Sheikh Daud	Argín: Mirmad Nag Shayeg Necrópolis de túmulos del Grupo C (inédita) Necrópolis del Grupo C entre Mirmad y Nag Sakoh (inédita) Necrópolis meroítica (inédita) Varias necrópolis del Reino Nuevo (inéditas) Qasr Iko Abkanarti
Campaña 1962-63	
Masmás: Nag' Fahrki Nag' Sawesra 1 Nag' Sawesra 2 Nag' Sawesra Oeste Nag' Sawesra Norte Enterramientos aislados de la orilla oriental Grabados rupestres	Argín: Nag el-Arab Necrópolis de túmulos del Reino Nuevo (inédita) Abkanarti
Campaña 1963-64	
Masmás: Nag Gamus (Nag' Sawesra Norte)	Argín: Nelluah Ad-Donga Necrópolis del Grupo C entre Mirmad y Nag Sakoh (inédita)
Campaña otoño 1964	
Grabados e inscripciones rupestres	
Campaña 1966	
Grabados e inscripciones rupestres	